Y cual humoso aroma venido por encanto
desde una catacumba que la piedad inciensa,
una melancolía de iglesia y campo santo
se añade augusta y fúnebre á la borrasca intensa.

Sentada en el esquife, y con sayal de luto,
y sueltos en dos alas convulsas los cabellos,
y al firmamento el rostro, ya cárdeno y enjuto,
la joven ve apagarse los últimos destellos.

Y en su ánimo y su orgullo, que de temblar la eximen,
se forja en la catástrofe patrañas prodigiosas:
figúrase que reina en el horror de un crimen
tan grande, que perturba el orden de las cosas.

Rabia y estruendo y caos. Ni un plácido reflejo.
Ni rútilos encajes, ni sábanas carmíneas.
¡Hostil y enorme cúpula, como de bronce viejo,
arquea, parda y próxima, sus implacables líneas!

¡Hora siniestra y larga, fatídica y suprema!
El bote combatido é hidrópico se hunde;
y cual de miedo loca, la vela en jiras trema
en las silbantes ráfagas; y la tiniebla cunde.

¡Ola que airada y túmida y resonante meces
en tus agruras íntimas el trágico despojo:
ten lástima y resérvalo al hambre de los peces,
ó recogido y grávido publicará un sonrojo!

A TIRSA.

A TIRSA.

¡Ah! ¿Qué mucho que al Sol que subía
se pluguiera en divino esplendor
alma en quieto remanso la mía,
por abril, entre ramos en flor?

No cayera por brusca pendiente,
y sería, como antes quizá,
linfa pura y festiva el torrente
que frenético y túrbido va.

Envidiosos me culpan con saña
y me niegan al par honra y fe.....
¡Estupenda y horrible patraña
triunfa, puesto en mi cólera el pie!

Y un consuelo has escrito á mis penas;
y la tinta consagra el favor,
si es carmín que ha corrido en tus venas
y por mí no ha pintado un rubor.

¡Con qué brotes la planta retoña!
La fortuna es infausta y no cruel,
pues que al mísero escancia ponzoña
y unge al vaso en el borde una miel.

Un misterio me asombra é infatua:
la ternura de un buen corazón,
y que un viento derribe la estatua
y no logre apagar el blandón.

¿Esperanzas? La suerte me abruma.
El olaje deshizo el bajel;
y á la orilla del ponto la espuma
sólo arroja marchito laurel.

Trovo aún por venganza en la escoria.
A rivales mi prez causó mal,
y en mi afrenta redoro mi gloria
y en la herida reclavo el puñal.

Sueño y rimo. La noche adelanta.
Su prestigio parece de tí.
A lo lejos un pájaro canta
y ¡ay! me dice que lloras por mí.

Una estrella fugaz viene al suelo,
deshilando en la sombra un fulgor.....
Una lágrima rueda en el cielo.....
¡Es del ángel que acude al dolor!

Cárcel de Veracruz. Noviembre de 1,892.

BIBLIOTECA

DEA.

DEA.

Recio y amplio edificio, que no brilla
por la elegancia y el primor del arte.
Fué convento y capilla
y es hospital. Elévase á la orilla
del mar, hacia la parte
de Oriente, por la cual hay un baluarte,—
de dos que duran á evocar memoria
de antiguos tiempos de tumulto y gloria.

Junto á ríspida rampa de granito,
roña de ruinas y despojos muerde
restos de la muralla de circuito,
que son postrer vestigio que se pierde;
y entre la playa bruna y el amparo
de los pacientes míseros, un claro
borda en rústico alarde alfombra verde.

Al Norte, recta y espaciosa vía,
que á un lado y otro del arroyo cría
y á despecho del régimen propaga
mantos de zacatillo y verdolaga;
y que á un extremo y á cerrar el fondo
tiene un médano gris, enhiesto y mondo.

Al Sur, y herboso como inculto predio,
un parquecillo ruin en cuyo medio
un zócalo mezquino espera en vano,
con una obstinación que infunde tedio,
la estatua de un grande hombre mexicano.

He ahí mi asilo y el contorno.—Cruda
flegmasía me trajo de mazmorra
á celda en que perezco de modorra
y que, quizá por imitarme, suda.
Compasivo guardián me imparte ayuda;
y cuando halla ocasión, me da permiso
de visitar un rato el paraíso.
Y á frescos y desnudos corredores,
que rodean en cuadro un patiezuelo,
salgo á ver sonreír frondas y flores,
y á mostrar á la fe de mis dolores
un pedacito del azul del cielo.
Y de gracia mi espíritu se viste;
y entonces me pregunto si la suerte
hará otra miel como la paz del fuerte
y otro esplendor como el placer del triste.

Holgábame una vez en tal encanto;
y una moza, con rostro de delirio,
pasó, blanca y derecha como un cirio,
lírica y turbadora como un canto,
odorífera y prócer como un lirio.

Parecía ilusión de la mirada.
Iba con paso cadencioso y lento,
y alba ropa de lino almidonada,
y un susurro de brisa en enramada,
y cual fuego la crin volando al viento.
Era de tarde, por abril que adoro,
y en un silencio perturbado apenas;
y efluvios de azahares y azucenas
desleían al sol ámbar en oro.

Quedéme absorto y lúgubre. Sufría
présaga desazón.—¡Oh imagen pía!
Ancha y tersa la frente sin pecado,
helénica nariz, boca de fresa,
zarco el ojo de antílope asustado,
elación y decoro de princesa
y un secreto de angustia en un nublado:
¡así te llevo en el sensorio impresa!

Costumbre de inquirir, sabia y notoria,
á la que rindo y pagaré tributo,
movióme á interrogar. Y oí una historia.
¿A quién? A un servidor del instituto,
á un cubano feraz en viles tretas,
á un practicante crapuloso y pigre,
á un mancebo de sórdidas chancletas,
facha de orangután, gesto de tigre.
Pero atended.—Su relación incluye
un imán de rumor de agua que fluye.

«La doncella gentil se llama Dea.
Su padre, Juan Falot, vino de zuavo;
y aquí, como en Italia y en Crimea,
ganó prez en las lides como bravo.
Herido y preso en Camarón, no pudo
seguir, camino á Francia, el regimiento;
y ya en salud y en libertad, á rudo
trabajo demandó noble sustento.
Cansado de labrar, y con su ahorro,
adquirióse un tenducho y un ventorro.
Y casó con la reina del poblacho,
una mujer de singular trapío,
modesta y cauta sin ficción ni empacho,
y enemiga mortal de todo lío.
Y los meses corrieron; y la esposa
engordaba, soñando con querubes;
y una chica nació sana y hermosa,
con un cutis de pétalos de rosa
y un olor como de astros y de nubes.

«¡Qué suplicio el del parto! ¡Cuál estreno!
Fruto de humano amor cumple lo escrito:
no se desgaja sin romper un seno
y no respira sin lanzar un grito!
Fausto auroral surgió del horizonte;
y á la sangrienta luz que despuntaba,
y en el aroma del cercano monte,
y en las perlas de un trino de sinsonte,
¡ay! la madre infeliz agonizaba.

Por hemorragia sucumbió al puerperio.
El cadáver cayó bajo el imperio
de la Química, numen de las cosas,
y es en el más humilde cementerio
polvo siempre fecundo en tuberosas.
Pero alma de valer, limpia y cristiana,
yergue aliento que nunca se consume;
y aquélla se fué á Dios, como un perfume,
disuelta en el carmín de la mañana.

«El pobre viudo encaneció en un día.
¡Cuán tierno y delicado á la pequeña
el que antes, por su indúctil ardentía,
resultaba feroz bajo la enseña!
Arrapiezo el «BEBÉ», y en la dulzura
del mimo, y al alcance de la mano,
campó sin probar gota de amargura.
¡Frágil y bullidor, lindo y ufano
colibrí del vergel de la ventura!
Su aspecto de pictórico angelito,
su inventiva, su charla, su despejo,
aliviaban con bálsamo exquisito
el ulcerado corazón del viejo.

«¡Precoz muchacha! Con presteza suma
se adiestraba en su hogar, según crecía;
y llegó con el medro de la espuma
á la núbil y sacra lozanía.

Y en gusto y dignidad honró penates,
y en cuidar su conducta puso esmero;
y escuchando episodios de combates,
retempló su virtud como un acero.
Jamás anduvo en triscas de festines;
y sola con sus caras aficiones,
vivió en intimidad con sus jazmines
y hablábase de tú con sus gorriones.
Su pensamiento, si salvaba el muro,
era de fijo en el espacio, allende,
como el soplo sutil, cimero y puro
que por alto pinar vibra y trasciende».

Al estro el narrador detuvo el giro,
y luego continuó, tras un suspiro.

«Al destino la dicha es una injuria
y el oasis un tósigo al desierto.
El anciano «enfermó» de albuminuria
y con la virgen transladóse al puerto.
Arriba está. Malísimo, por cierto,
y de congoja convertido en furia.
La bella y santa joven, —que reside
no lejos, en unión de unas beatas,—
acude con frecuencia y lo decide
á someterse á pócimas y natas.
Y bebe horrible hiel en vasta copa;
y con firme palabra y sin misterio,
dice que pronto marcharáse á Europa
á gemir su orfandad á un monasterio.

Musca jerga y nevada muselina
ofrecen á la mártir hechicera
disfraz de prodigiosa golondrina,
palma en inmarcesible primavera».

Veracruz. Hospital de San Sebastián. Mayo de 1,895.

LA CANCION DEL PAJE.

LA CANCION DEL PAJE.

Tan abierta de brazos como de piernas,
tocas el harpa y ludes madera y oro.
Dejo al mueble la plaza por el decoro,
y contemplo caricias á hurgarme tiernas.

A tu ardor me figuras y subalternas
en la intención del alma que bien exploro,
y en el roce del cuerpo con el sonoro
y opulento artefacto que mal gobiernas.

Y tanto me convidas, que ya me infiernas;
y refrenado y mudo finjo que ignoro,
para que si hay ultraje no lo disciernas.

Por fiel á un noble amigo pierdo un tesoro.....
Tan abierta de brazos como de piernas,
tocas el harpa y ludes madera y oro.

AVERNUS.